



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Feuderalismo: dinero y poder local

Desde un malhadado pacto de coordinación fiscal asumido en los años 80 del siglo pasado, los estados prácticamente no cobran impuestos.

La Federación cobra y reparte. Lo hace de acuerdo con proporciones y partidas que son un capítulo legal y obligatorio del presupuesto federal, pero de cuyo gasto los gobiernos estatales rinden cuentas no a la Federación sino a sus congresos locales.

Este año la transferencia de recursos federales a los estados será de unos 70 mil millones de dólares (de un presupuesto federal de unos 244 mil millones).

Los gobiernos estatales no tienen que rendir cuentas a la Federación del uso de esos recursos, pueden cambiar su destino con sólo informar de los motivos del cambio y no están sujetos a evaluación de resultados. Todas las cuentas las entregan a sus congresos locales, que son los que validan sus cuentas públicas.

Un rasgo central del *feuderalismo* es, entonces, que los gobiernos tienen enormes bolsas que repartir, más o menos libremente, entre sus clientelas políticas locales.

La mecánica de la negociación de los congresos locales tiende a volverse un forcejeo de asignaciones que compran o suavizan votos. Mi caso preferido en la materia es el de una diputada de la oposición de un

estado del sureste que votó un punto de acuerdo si le daban a su novio una moto Harley Davidson.

Los gobiernos locales tienen recursos suficientes para repartir y convencer. El que más y el que menos sale beneficiado, y a la hora de rendir cuentas del dinero federal, congresos y ejecutivos estatales transitan en notorio acuerdo.

El dinero federal da márgenes de autonomía nunca vistas a los gobiernos estatales. No son recursos suficientes para transformar sus estados, pero sí para hacer política, ampliar clientelas, calmar a la oposición, neutralizar a los medios e invertir lo necesario en el diseño y ejecución de estrategias electorales ganadoras.

Las quejas, más que las denuncias de corrupción, son moneda corriente en el ágora local. Pero algo hay para todos. Y no todo es corrupción.

Basta viajar hoy a cualquier ciudad media del país para sentir la pujanza del cambio regional verificado en los años del *feuderalismo*, la calidad del equipamiento urbano, la revolución del consumo, la energía social.

El poder de las regiones viene también de su propia vitalidad, de sus propios hallazgos y maduraciones, y mucho han tenido que ver en eso sus gobiernos. ■■M

acamín@milenio.com

